

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

DOMINGO XVII T. O. A (27 de Julio de 2014)

Si encontramos el tesoro del evangelio, será tal la alegría, que venderemos todo para adquirirlo. Ahora bien, el evangelio lo conocemos; entonces, ¿dónde está la alegría?

VER

I. Supongamos que una empresa, un comercio, etc., a lo largo de un año vende 1 millón de productos, obteniendo así, después de pagar impuestos, materias primas, etc., 10 millones de euros. ¿Quién decide qué cantidad irá a salarios y qué cantidad irá a los capitalistas? ¿Quién debería decidir?

«Pase que el obrero y patrono estén libremente de acuerdo sobre lo mismo, y concretamente sobre la cuantía del salario; sin embargo, siempre hay ahí involucrado algo de justicia natural que es superior y anterior a la libre voluntad de las partes contratantes (...) Si el obrero constreñido por la necesidad o acosado por el miedo de un mal mayor, acepta, aun no queriéndola, una condición más dura porque la impone el patrono o el empresario, esto es sin duda padecer violencia, contra la cual la justicia protesta» (Rerum novarum, 36).

Si este párrafo protesta, en nombre de la justicia, contra las duras condiciones salariales que el empresario le impone al obrero, supone evidentemente que el empresario conserva para sí una parte desproporcionada de las entradas monetarias de la empresa, de las cuales debería en justicia canalizar hacia los obreros una parte mucho mayor.

II. «Cuando empezó el plan Marshall para Alemania occidental consumida por la guerra, Nell-Breuning planteó el problema: ¿quién va a pagar esos empréstitos americanos? Evidentemente el pueblo consumidor, pues las empresas recaudarán a través de los precios el dinero necesario para pagarles a los americanos. Pero al final de la reconstrucción, ¿quién será el dueño de las fábricas y de todo el aparato de producción? Evidentemente los Krupp y los Thyssen y en general la clase capitalista. Los bienes de producción serán pagados por el proletariado que es trabajador y consumidor, pero pertenecerán como propiedad privada a un puñado de familias (...) en 15 ó 20 años se reconstruyeron con creces las industrias, las cadenas comerciales, las flotillas de automóviles..., los bancos, etc. Todo eso lo pagó el proletariado arrostrando precios abultados para adquirir artículos y servicios que podían haberle costado



muchísimo menos. **Todo lo pagó el proletariado, y nada de ello pertenece al proletariado.** La propiedad es un robo. Legalizado, institucionalizado, culturizado, canonizado. Pues eso que, como en probeta, pudo observarse en 15 ó 20 años, es exactamente lo mismo que ha sucedido y sigue día a día sucediendo en la larga historia secular de occidente entero (...)» (José P. Miranda, Marx y la Biblia, 32-33).

**

«*Son los pobres quienes excavan el oro, a quienes después se les niega. Pasan fatigas por buscar y descubrir lo que después nunca podrán poseer*» (S. Ambrosio, Libro de Nabuthe Jezrealita, 54).

«*Acertadamente llama el Evangelio riquezas “injustas”, pues todas las riquezas no tienen otro origen que la injusticia y no se puede hacer uno dueño de ellas, a no ser que otro las pierda [sea el trabajador –pagando salarios bajos–, el consumidor –pagando precios altos–, los ciudadanos –cuando las empresas apenas pagan impuestos–, la naturaleza –externalizando la contaminación–...] o se arruine. Por lo cual me parece certísima aquella sentencia popular que dice: los ricos lo son por su propia injusticia o por herencia de bienes adquiridos injustamente [es decir, el rico es ladrón o hijo de ladrón]*» (S. Jerónimo, Epístola CXX, I a Hebidia). (Los paréntesis cuadrados son míos).

CANTO ORACIONAL (a partir de Auerbach-Rodríguez)

Ojalá uno pudiera vivir de su trabajo, comer de sus fatigas,
tener un empleo seguro, un salario decente,
y como compañera otra asalariada, con quien compartirlo todo...
Pero esta sociedad clasista impide hasta lo mínimo,
casarse y tener hijos es casi una osadía,
pues son jornales de mierda los que a la trágala ofrece.

Malas condiciones de trabajo, alteraciones de salud,
viles salarios, mala alimentación...
esa es la interminable crisis de los obreros, Señor,
¡a los que miran con envidia los que carecen de empleo!

Por eso mi compañera no deja de trabajar,
asiste aunque esté conmocionado su organismo;
con la presión arterial que tenga se presenta,
no falta, a pesar de la fiebre y los dolores abdominales;
trabaja constipada o con diarrea; no protesta por los dobles turnos,
¡ni embarazada deja de asistir!

A veces pienso, Señor, que nos tienes olvidados,
y me tienta dejar de orarte, ¿para qué? me digo, si tú no escuchas.
Señor, no permitas que los capitalistas te traten como a un lelo,
no permitas que se burlen de tu Nombre Santo...
Alza la mano y rómpelos... sus planes,
pues tú eres el socorro de los pobres, el libertador de los obreros.

EVANGELIO (M7 13, 44-52)

44 El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. 45 El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, 46 que al encontrar una de gran valor se va a

vender todo lo que tiene y la compra. ⁴⁷ El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: ⁴⁸ cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. ⁴⁹ Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos ⁵⁰ y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. ⁵¹ ¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden: «Sí». ⁵² Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo».

La idea de que alguien pueda descubrir un tesoro en un campo o en unas ruinas, o historias de un campesino o trabajador que da con un tesoro en campo propio o ajeno y se labra así su felicidad, eran frecuentes en el mundo antiguo. Y hoy con la ONCE y las quinielas y loterías. “Nihil sub sole novum” (nada nuevo bajo el sol) (Eclesiatés 1,9).

La parábola del tesoro escondido es esquelética: un hombre encuentra un tesoro. En otras narraciones antiguas tal hallazgo afortunado se debía o bien al fruto del duro trabajo o como recompensa a las obras caritativas. Aquí no se dice nada de esto. Porque lo interesante de esta parábola es lo que viene a continuación: este hombre *esconde, vende, compra*. Esto es lo importante de la parábola: lo que el hombre afortunado hace.

Al narrador no le interesa ni poco ni mucho decirnos si lo que hace este hombre es legal o moral. Lo que le interesa subrayar es que el hombre compra el campo y que para ello «vende todo lo que tiene». Todo converge a este punto. Lo importante para el narrador es la apuesta decidida del descubridor que *renuncia* a «todo lo demás por adquirir el reino de los cielos».

La parábola siguiente sobre el comerciante en perlas es gemela. *Emporos* es el comerciante al por mayor que exporta e importa. Las perlas solían ser importadas de la India; eran paradigma de lo valioso. La parábola trata, pues, de un negociante en perlas que encuentra “una” valiosa. La parábola no se interesa por las circunstancias concretas, sino que resalta lo mismo que antes: el comerciante «va a vender todo lo que tiene» para adquirir la perla. El comerciante posee ahora la única perla *por la que lo ha dado todo*.

Las dos parábolas intentan así encarecer la acción humana ante la oportunidad del reino de los cielos. ¿En qué consiste esa acción? Con la frase repetida «vendió todo lo que tenía» pensó Mateo, más allá del plano figurado, en la renuncia a los bienes, una condición del seguimiento para los radicales itinerantes. Hemos encontrado ya en el núcleo del sermón de la montaña la exigencia de renunciar a los tesoros terrenos (6,19-34), y hemos visto que el discurso a los discípulos (Mt 10) es también un recordatorio del camino de pobreza en el seguimiento, propuesto a toda la comunidad. El relato del joven rico reiterará la idea, de nuevo en combinación con la palabra clave “tesoro” (19,21).

Mateo entiende la renuncia a los bienes como una parte del *camino* de la comunidad hacia la perfección que está modelado por el amor. Por ello da que pensar que esta advertencia contra la riqueza, que es la única exhortación ética directa de Mt 13, quede prácticamente dejada de lado en la historia de la interpretación. Mateo mismo ya había escrito que «el agobio de esta vida y el fraude de la riqueza ahogan» el mensaje (13,22). Y ahí andamos, rueda que te rueda, tropezando en la misma piedra...

En la parábola de la red, lo que Mateo resalta es la separación de lo recogido en la red. La red coge peces de toda clase y cuando está llena...

Es obvio que un pescador, después de sacar la red, se sienta a clasificar la captura y separa los peces inservibles o impuros. El paralelismo antitético entre los peces *kaloi* (buenos, hermosos) y *sarpoi* (podridos, inservibles, inútiles) nos lleva a recordar el símil de los árboles con sus frutos (7,16-20). El arrojar «fuera» despierta asociaciones de otros textos sobre el juicio.

Esta parábola trata del juicio final. Que en el juicio se trata de examinar la vida y la praxis, queda claro por el par antitético *poneroi* y *dikaioi* (malos y justos). Esta vez no se habla de la suerte de los justos porque la parábola se centra exclusivamente en la advertencia: «los malos

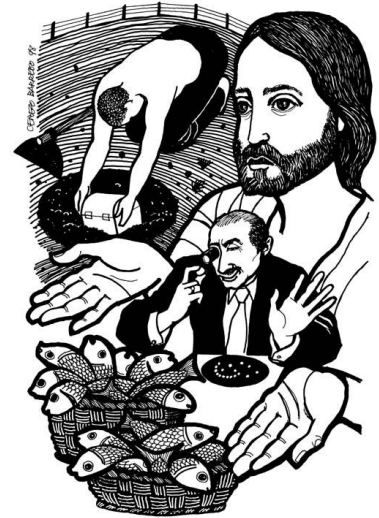
serán arrojados al horno encendido». ¡Sólo la praxis mostrará dónde ha estado la verdadera iglesia!

¿Habéis entendido...? Es decir, ¿sabéis que lo dicho en el sermón parabólico no es para sabérselo de memoria sino para hacerlo vida? ¿Comprendéis que el entender sólo se hace real cuando se convierte en frutos de praxis solidaria?

Cuando uno «entiende», cuando uno es un letrado «instruido», es decir, un letrado que ha llegado a ser discípulo (*grammateus matheteutheis*) en lo referente al reino de los cielos (tal es la definición, para mí, del maestro cristiano, del teólogo), entonces sabe interpretar la Biblia, dando el valor que le corresponde al Antiguo y al Nuevo.

SALMO

*¿Con qué me presentaré al Señor,
y me inclinaré ante el Dios excelso?
¿Me presentaré con los mandamientos cumplidos,
y rezos de probada ortodoxia?
¿Le agradarán al Señor mis cantos litúrgicos
y mis salmos con guitarra?
¿Le ofreceré el tiempo que debo a mi mujer
y el que he de dedicar a mis hijos?
Hombre, ya se te ha hecho saber lo que es bueno,
lo que tu Dios quiere de ti:
tan solo que practiques LA JUSTICIA SOCIAL
ames la BONDAD,
y camines HUMILDEMENTE con tu Dios. (Cf Miq 6,6-8)*



*El texto que Roviroso nos recuerda es de 1955. Puede ayudarnos para pensar en nuestro ser AC.
En él se dice lo siguiente:*

«En Francia existe una ACO muy parecida a nuestra HOAC, y también existe, con vitalidad y buen deseo, una especialización de Ingenieros y Técnicos de AC.

La ACO francesa celebró hace unos pocos meses sus Jornadas Nacionales, llenas de impulso y de vitalidad. El *Boletín* de los Ingenieros y Técnicos las comenta con estas palabras, tituladas *Reflexiones para nuestros socios*:

El compromiso de acción temporal se mantiene como condición fundamental para formar parte de la ACO. La acción del militante sobre las estructuras es una “señal irremplazable del Amor hacia sus hermanos y de su respuesta a la voluntad de Dios”.

La vida parroquial en la que participan los Equipos de la ACO con frecuencia no acoge esta participación de manera que ayude al esfuerzo apostólico de la ACO. Las parroquias no tienen todas el carácter de una verdadera comunidad. Aparecen en ellas los que hacen sufrir a los obreros en la fábrica. El clero es excesivamente tímido y no se atreve a imponer a los burgueses unas exigencias equivalentes a las que la ACO impone a los obreros.

La vida parroquial no debe ser en ningún momento un obstáculo para que los obreros entren en la iglesia.

“El problema de la evangelización de la clase obrera ya no es solamente genuino de los militantes obreros comprometidos en él, sino que es un problema de toda la iglesia” (Manifiesto de la ACO). Al crear la ACO, la iglesia entera ha tomado la responsabilidad de la misma, que nos alcanza a todos, ya sea obispo, feligrés, miembro de la AC general o de la Especialización de Ingenieros y Técnicos desde el momento en que se es miembro vivo de la Iglesia» (*Boletín*, nº 164. cf. Guillem Roviroso, *Artículos*, O. C. V, p 341)